

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

Manuel Díaz Rodríguez, el pensador venezolano, el artista sereno que esculpió tan bellas prosas, ha muerto en Nueva York el verano último. La literatura de Hispanoamérica pierde con él un buen novelista, un amable narrador de impresiones de viaje, y sobre todo, un ensayista de platónica raigambre, que tuvo la gracia estética de José Enrique Rodó con menos erudición, pero con una elegante ironía que falta en las obras del gran uruguayo. No llegan a doce los libros que publicó, pero ellos bastan para dar a su personalidad el sello de los elegidos: *Sensaciones de viaje*, París, 1896; *Confidencias de Psiquis*, Caracas, 1897; *De mis romerías*, Caracas, 1898; *Cuentos de color*, Caracas, 1899; *Ídolos rotos*, (novela), París, 1901; *Sangre patricia*, (novela), Caracas, 1902; *Camino de perfección y Trovadores y trovas*, París, 1911; *Sermones líricos*, Caracas, 1918; *Peregrina o el pozo encantado*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Ídolos rotos es una novela satírica; la historia de un escultor educado en París que al volver a Venezuela ve su ideal y su arte en pugna dolorosa y vencidos al fin por la mezquina realidad. Y en *Sangre patricia*, encarna en Tulio Arcos el mismo motivo artístico que desarrolló Marroquín con mayor fuerza en su novela *Pax*: la decadencia de una familia aristocrática descendiente de conquistadores, la degeneración neurótica del protagonista, que sólo ha conservado de aquéllos el orgullo y el temperamento soñador. Su otra novela, *Peregrina o el pozo encantado*, describe las costumbres de los campesinos del valle de Caracas y es un idilio trágico con bellísimas descripciones de que parecen emanar todos los perfumes del trópico. Así describe la noche en que Peregrina ha muerto por el desamor de Bruno:

Imperó de nuevo el silencio, y en la noche serena y callada, se esparció un olor de jazmín. Ya medio abierta por el día, acababa de abrir esa noche la flor del café, y al día siguiente amaneció el cafetal todo blanco. Debajo de una sábana de nieve fragante y florida, se ocultaban el negro, el verde y el gris de los troncos. Era como si el cafetal se hubiese engalanado en obsequio de la que pronto, inerte y muda, había de pasar bajo el palio de sus jazmines de nieve. Era como si el cafetal se hubiese propuesto urdir y ofrecer, en una misma tela de naturaleza de flor, a un tiempo el velo de novia y la mortaja a la flor que nació y murió en su sendero.

Camino de perfección contiene los mejores ensayos de Díaz Rodríguez y sus páginas más exquisitas. Comienza trazando la biografía espiritual de Don Perfecto, personaje ideado para

verter en él toda la ironía que en el esteta despertaba la mediocridad. Don Perfecto es académico, crítico pedante, hombre de una sola ventana que ha encauzado su vida y su alma en un lema definitivo: "el diccionario, por el diccionario." Sigue un ensayo sobre la idea de la ciencia donde presenta sus puntos de vista sobre la crítica científica tal como la practica Max Nordau en *Degeneración*. "Max Nordau," dice, "con su libro, ha consumado el descrédito de la crítica científica. Exentos de mácula sólo quedan Ohnet y Don Perfecto." En "Ensayo sobre el modernismo" analiza las tendencias dominantes de este movimiento: individualismo, vuelta a la naturaleza, misticismo.

Termina el libro con una refutación de las cualidades con que Taine describe al hombre español, especialmente cuando afirma que la tradición española se distingue por la ausencia de la sonrisa y de la gracia. Díaz Rodríguez encuentra la sonrisa de Trotaconventos "atravesando el nublado de humo de los autos de fe" y sorprende la gracia en los diálogos de León Hebreo, en algunos pasajes de Lope y Tirso, en el verso gongorino "de ágil flama purpúrea" y en la fresca agua ideal "cuyo canto se escucha en los jardines maravillosos de la Mística."

Es en este ensayo donde, anticipándose a Keyserling y Waldo Frank, afirma que España en vez de pueblo degenerado, es más bien un pueblo primitivo: Estas páginas han sido glosadas por Rodó en su artículo "España niña"—(*Páginas escogidas*, 2ª edición, Madrid, Biblioteca Nueva., págs. 11-13).

Al final del ensayo hace el elogio más bello que conozco de los místicos españoles. Ellos, según dice la maga descripción, "persiguiendo una luz extraterrena, encontraron la luz del estilo que dispensa eterna juventud a las obras maestras de arte. A la desapacible música del hierro sucedieron más deleitosas músicas. En las rudas corazas florecieron imprevistas florestas de oro."

CONCHA MELÉNDEZ

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

VICTORIA OCAMPO. *La Laguna de los Nenúfares. Fábula escénica en doce cuadros*. Madrid, Revista de Occidente, 1926, 90 págs.

This post-symbolistic play belongs to a well-defined European literary current which transposes the drama of the human soul into a fairy tale. Such plays aim at expounding moral precepts that may, at times, hamper the artist, and send him off on the tangent of the "moral lesson." The danger is, that this "moral lesson" may become entirely too obtrusive and drain the vitality out of those pallid symbols, who try feebly to stage a deeply